

Rosario Villarroel de Yabeta

Rosario Villarroel de Yabeta. San Ignacio de Moxos - 1951. Poeta y escritora.

Hambre de justicia

¿Que escriba un poema...?

¿Me pides que escriba un poema de amor a la patria, a la mujer, al hijo...?

No puedo... no puedo...

pues tan sólo llevo dentro de mi alma la angustia profunda de una patria rota por las mezquindades...

De una patria hermosa que poniendo el pecho a las adversidades, recibe de pago sólo puñaladas que quieren sangrarla sin piedad ninguna.

¿Que soy pesimista...?

Tal vez, no lo niego...

Pero dime, amigo, tú que te defines como una persona alegre, optimista;

¿Qué ocurrió en las minas?

¿Por qué escucho el grito que rompe montañas, atraviesa valles y cruza praderas, de aquellos hermanos, que sin merecerlo pasan cual espectros jalando de un dedo al hambre que mira desde los profundos ojos de sus hijos?

¿Que son muy teatreros...?

Teatreros... tal vez porque les armaron para la función un gran escenario... de hambre, miseria y desocupación.

¿Qué más les quedaba que aprender el texto de todo el libreto que escribió el gobierno, con tinta de sangre para la función?

Veintiuno cero sesenta se llama la obra.

Aparentemente sencilla, ingenua, inocua... ¡¡Maldita!!

Teatreros les dices...

¿Acaso tu sangre no latió con fuerza, con rabia, con ira... no escupió tu boca la furia animal, que todo hombre lleva por culpa del mal,

ante la dantesca denuncia de los crucificados en las mismas puertas de las universidades...?

Y yo sé que lloras, si ves en el cine, cargar el madero al Cristo sangrante,

cuando los esbirros lo crucificaron.

Y eso fue hace mil novecientos ochenta y tantos años.

Pero esto es hoy... aún está latente... ocurrió hace horas... la sangre caliente aún moja la tierra donde algún hermano cayó bajo el peso de la cruz del hambre.

¿Y no te conmueve...?

Veintiún mil sesenta... Veintiún mil sesenta...

maestros que arañan su magro salario

buscado el milagro del pan y los peces que no se realiza.

Veintiún mil sesenta... Veintiún mil sesenta...

obreros sin paga, niños macilentos de triste mirada,

madres angustiadas de pechos hundidos y leche menguada.

Veintiún mil sesenta... Veintiún mil sesenta...

sueldos cercenados que van aumentando el hambre del pueblo

que soporta estoico, desde el norte al sur y del este al oeste, toda su tragedia.

Veintiún mil sesenta... Veintiún mil sesenta... pobres campesinos de caras marchitas y manos curtidas que mascan su pena, en el acullico de amarga coca, o en las soledades de la agreste selva.

No busco que llores por tanta desgracia.

Yo quiero que el hombre que trasuda sangre dentro de la mina,

el sufrido obrero de la voz de angustia, el fabril enjuto que sigue explotado,

el maestro que grita su injusto salario

y hasta el campesino que vive olvidado,

todos en un solo haz de voluntades

flameen banderas de lucha constante,

que lancen sus voces puñales de fuego,

que tumben los muros del viejo sistema de hambruna y miserias.

Que juntos derriben los frutos podridos del árbol del pueblo.

Y al son del rugido del tigre de oriente,

bajo la mirada del cóndor andino

con todo el coraje de estirpe valluna,

levanten, triunfantes, sobre los escombros de la vieja tierra

¡¡los firmes cimientos de la patria nueva!!

Pequeño obrerito

Muéstrame tus manos pequeño obrerito, quiero ver en ellas cuál es tu destino, ¿por qué están callosas, por qué están curtidas si tienen apenas siete años de vida?

¿Acaso lo ignoras? ¿Quién carga tus compras cuando vas al mercado, quién lustra afanoso tu fino calzado, quién lleva a tu puerta el último diario mientras tú dormitas, porque estás cansado? ¿Quién, desafiando el hambre y el frío está siempre firme frente a tu destino?

No pregantes más, porque ahora ya sabes porque están mis manos callosas, curtidas, aunque sólo tienen siete años de vida.